



www.loqueleo.santillana.com

© 2017, MARIO MÉNDEZ

© De esta edición:

2017, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-5239-7

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: abril de 2017

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición: LUCÍA AGUIRRE – CLARA OEYEN

Cubierta: CARLUS RODRÍGUEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Méndez, Mario

Zimmers / Mario Méndez ; ilustrado por Carlus Rodríguez. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2017.

152 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-5239-7

1. Narrativa Juvenil Argentina. I. Rodríguez, Carlus, ilus. II. Título.
CDD A863.9283

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 4.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ABRIL DE 2017 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Zimmers

Mario Méndez

Ilustración de cubierta de Carlus Rodríguez

loquele_o

El celular empezó a vibrarme en el bolsillo justo en el peor momento de la clase. Lantieri, la de Historia, recorría la lista de alumnos con una mirada que iba de la temida libreta de notas a las caras asustadas de sus alumnos de 3º 2ª, y vuelta a la maldita libreta. Metí la mano con disimulo en el bolsillo, corté el llamado y de inmediato oí la voz de la profe.

—Oliva —dijo, y el gordo se levantó, pálido—. Venga, Oliva, venga —dijo Lantieri y el gordo caminó hacia el frente, inseguro.

Yo suspiré, aliviado. Volvió a vibrar el celu, lo asomé del bolsillo y miré la pantalla. Era mi vieja. Muy raro. Si hay algo que mi mamá sabe con absoluta certeza son mis horarios: jamás me llamaría en hora de clase si no fuera por algo importante. Levanté la mano justo cuando Oliva empezaba su debate pública. Lantieri me miró extrañada.

—¿Quiere pasar a colaborar con el amigo en problemas, Agüero? —me preguntó con su tonito preferido: el de burla.

Junté coraje y le mostré el celular que vibraba en la palma de mi mano.

—Disculpe, profesora. Es mi mamá. Estoy seguro de que pasa algo importante.

Algunos compañeros se rieron. No sé qué les causaba gracia. Lantieri me miró serio. Algo en mi expresión la habrá conmovido, porque levantó los hombros y me señaló la puerta.

—Vaya —dijo—. Atienda. Más vale que sea algo serio.

Me levanté rápido, y salí medio a los tropezones. Hubo otras risitas, que Lantieri silenció con un gesto. Mi amigo terminaba de derrumbarse en el frente con un quejumbroso “no estudié”.

Apenas estuve en el pasillo atendí el llamado. No alcancé a decir ni hola. “Es tu abuelo”, me dijo mi vieja, y yo salí disparado a la sala de preceptores, mientras oía el relato de mi mamá, entrecortado. Estuve a punto de enfilarse hacia la calle de una, pero me contuve a tiempo. Golpeé la puerta del box de las preceptoras, varias veces, hasta que al

fin apareció Nuria, la única preceptora joven. Joven y linda. Y más buena que el arroz con leche. Me miró sorprendida, levantó las cejas. A mí se me caían las lágrimas, pero no me daba cuenta. Me hizo entrar, me hizo sentar, me puso las manos en los hombros y me pidió que me tranquilizara. Respiré hondo, pausado, como Nuria me decía que hiciera, y logré calmarme un poco. Mi vieja ya había cortado, pero yo no dejaba el teléfono. Nuria me trajo un vaso de agua y, cuando vio que yo podía hablar con cierta normalidad, me pidió que le contara qué había pasado.

—Mi abuelo se cayó en la calle. Se lo llevaron. Lo van a operar. Mi mamá no me puede buscar, me tengo que ir —le dije, o creo que le dije.

Nuria me conocía. Había sido mi preceptora en primero, cuando todos estábamos medio enamorados de ella. Sabía que yo vivía con mi mamá y con mi abuelo. Sabía que el abuelo era como mi viejo, más que mi viejo. Y que yo no le estaba mintiendo. Me preguntó adónde lo habían llevado, me preguntó si tenía plata, y aunque yo le dije que algo tenía, igual buscó en su cartera y me dio tres o cuatro billetes. E hizo algo más, que solo ella podía hacer:

sacó el registro de firmas, mirándome a los ojos me aseguró que había venido mi vieja y lo había firmado, hizo un garabato en la columna de madre, padre o tutor, y me advirtió que si yo lo llegaba a negar me mataba.

—Andá, Pedro —me dijo. Me dio un empujoncito leve y me pidió que estuviera tranquilo. Si no hubiera estado tan angustiado, si no hubiera sentido el terror de que el abuelo se muriera, la habría abrazado con fuerza y le habría dicho que ella era lo mejor del colegio. Pero no pude hacer nada de eso. Creo que ni las gracias le di. Un par de minutos después estaba en la calle. No sabía para dónde tenía que ir. Mi vieja me había dicho que el abuelo estaba en un hospital por la zona de Plaza Irlanda. Hubiera sido lo mismo si me decía que estaba en la Luna. Paré un taxi en la esquina del colegio, dije la dirección y le pedí al taxista, que no me hizo ni caso, que se apurara. Estaba aterrado.

En el mismo momento en que yo iba hacia el hospital, lo supe después, Marina estaba en un bar con Mauricio, su novio. El novio que en pocos minutos pasaría a la categoría de ex. Marina se había rateado del colegio. Mauricio, no: él había dejado hacía un par de años, y trabajaba de repartidor de pizzas, un rato al mediodía y otro rato a la noche. A veces, los sábados, hacía de seguridad en un boliche. Ahí lo había conocido Marina. Esa mañana, en el bar, tendría cara de sueño, Mauricio, o de enojo. O las dos cosas. Marina, en cambio, todavía estaba enamorada, creo yo. Sé que intentó tomarle las manos, y que él las corrió de la mesa. Sé que hizo fuerza para no llorar, de la pena, de la bronca. Su novio, antes de que ella pudiera hablar, le dijo que la cosa no iba más y la cortó. Así nomás. En seguida se paró y se fue... y la dejó ahí plantada, con las

lágrimas corriéndole por las mejillas. Marina no perdía nada, pero no se daba cuenta. Mauricio no la merecía. Era un mal bicho.

Pero todo esto yo todavía no lo sabía; no podía saberlo por la sencilla razón de que aún no la había conocido. A Marina, digo. Un tiempo más tarde ella me contó muchas cosas, y otras me las imaginé. En ese momento, cuando el taxi avanzaba despacio hacia el hospital, donde quizás ya habían operado a mi abuelo, yo no tenía ni idea de quién era Marina ni podía sospechar con qué problemas lidiaba. Yo estaba en mi propio drama. Mi abuelo Pepe se moría.

El taxi entró al fin al estacionamiento del hospital y me bajé a la carrera.

Mi mamá estaba sentada en un pasillo. La miré, me abrazó, yo me solté rápido: “¿Dónde está, qué pasó, qué va a pasar?”, todo eso pregunté, creo. Mi vieja, como antes Nuria en la sala de los preceptores, me pidió que me calmara.

—Pepe va a estar bien —me dijo, y me molestó que no le dijera “papá” o “el abuelo”. Pepe, así le decía ella desde siempre, no sé por qué.

Poco a poco fui procesando lo que mi mamá decía. El abuelo había tenido un infarto y se había

caído en la calle. Lo habían llevado al hospital en estado de shock: no reconocía, estaba como perdido. Al caerse, se había golpeado la cabeza y no sabía dónde estaba, no se le entendía casi nada de lo que decía y hablaba boludeces (así me dijo mi vieja, y tampoco me gustó que usara esa palabra. No era el momento ni era “adecuada al contexto”, como decía la de Lengua). Yo lo iba a poder ver en un rato, en ese momento lo estaban atendiendo en el cuarto 412, que era el que le había tocado. Por eso mi vieja estaba en el pasillo. Posiblemente tendrían que operarlo del corazón, pronto, aunque primero había que estudiarlo, hacerle varios análisis. Y, en lo posible, esperar a que reaccionara, a que supiera dónde estaba, quién era.

Me senté al lado de mi vieja. Me agarró la mano derecha entre las dos suyas, que estaban húmedas. Eso tampoco me gustó, pero no me solté. No soy tan malo.

Al rato salió el doctor, un tipo grande, muy elegante, peinado para atrás. Tendría unos cincuenta años, supongo. Diez más que mi vieja, veintipico menos que el abuelo. El abuelo Pepe tenía setenta y cuatro, y era un roble (había un chiste, que

repetía cada vez que se presentaba, por ejemplo, a mis compañeros del colegio: “José Robles, encantado. Abuelo en funciones, jubilado de la Bancaria. Tengo más de setenta añitos, parezco menos. Soy un roble. Un Robles, también”). Medio sonreí al recordarlo. A nadie en el mundo quiero más que a mi abuelo, pensé, y se me llenaron los ojos de lágrimas. Era una boludez pensarlo justo ahí, y esta vez sí correspondía usar esa palabra.

El médico le dio el parte a mi vieja, como si yo no estuviera parado al lado de ella. Odié su tonito superior, la forma en que me ignoró (solo miraba a mi vieja) y lo que dijo: el abuelo estaba bien, salvo porque había tenido un infarto y por el shock y porque no reconocía. ¿Estaba bien?, me pregunté. Tenía medio cuerpo paralizado y la cabeza volada. ¿Cómo sería estar mal, para este tipo? Había que operarlo pronto, agregó. Y luego vendría la rehabilitación, que podía ser larga. No escuché más. Entré en la habitación 412 antes que mi vieja, y me encontré al abuelo de costado en una cama alta, levantada en la cabecera. Lo habrían lavado hacía poco, porque había olor a colonia, una colonia que no era la de él. Parecía veinte años más viejo

que esa misma mañana: el hombre que me había despedido cuando salí para el cole, levantando el mate como si brindara, no podía ser ese. Se me cayeron las lágrimas otra vez, y le di una trompada a la puerta del baño. Mi vieja, que entró justo en ese instante, no me dijo nada.